

Anuario de la integración latinoamericana y caribeña 2011

JAIME ANTONIO PRECIADO CORONADO
(Coordinador)

UNIVERSITY PRESS  OF THE SOUTH INC.

 Ediciones
de la Noche



Proyecto financiado por el CONACYT en Investigación en Ciencia Básica, Clave 128955:
“Dimensiones, estrategias y alternativas de la integración autónoma de Latinoamérica y
el Caribe. Desafíos para el caso mexicano (2010-2012)”

Participan:

Cuerpo Académico Consolidado, CAC-214: “INTEGRACIÓN, GOBERNABILIDAD
Y DESARROLLO EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE”

Cuerpo Académico en Formación, CAF-236, “SOCIOLOGÍA POLÍTICA
Y DESARROLLO EN AMÉRICA LATINA”

Los puntos de vista aquí expresados son responsabilidad de los autores y no necesaria-
mente coinciden con los planteamientos del Conacyt.

Primera edición, 2014

D.R. © 2014, Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades
Guadalajara, Jalisco, México

D.R. © 2014, University Press of the South
New Orleans, LA 70119 USA

D.R. © 2014, Ediciones de la Noche
Guadalajara, Jalisco, México

ISBN: 978-1-937030-40-7

Geopolítica de los movimientos sociales latinoamericanos: Espacialidades, ciclos de contestación y horizonte de posibilidades

Breno Bringel

María Almudena Cabezas González

La difusión de protestas en diferentes partes del mundo durante el año 2011 reavivó la dimensión geopolítica de la contestación social. La denominada “primavera árabe” en el Norte de África y el mundo árabe y la territorialización de las protestas en Estados Unidos y el Sur de Europa llevaron a muchos autores a buscar respuestas renovadas a ¿cómo las protestas se difunden de un lugar para otro? ¿Qué función cumplen las redes sociales y las redes de movimientos sociales? ¿Cómo se adaptan los repertorios de acción colectiva y los enmarcamientos de la realidad en diferentes lugares a partir de las particularidades del tejido social, la existencia de culturas políticas diversas y variadas lógicas de contestación? ¿Cómo construir demandas cada vez más complejas y multidimensionales que permitan generar inteligibilidad entre luchas sociales de diferentes procedencias geográficas y temáticas?

Todas esas preguntas, de gran centralidad en la última década, tienen una explícita dimensión espacial, aunque no siempre son exploradas a partir de herramientas analíticas provenientes de la geografía política y de la geopolítica. Por otro lado, son preguntas que se han popularizado principalmente a través del intento de explicar las experiencias de redes transnacionales, movimientos sociales globales y de algunas luchas recientes, principalmente en occidente. ¿Qué decir de América Latina como región? En este artículo nos gustaría sugerir y explorar tres hipó-

tesis acerca del carácter geopolítico de los movimientos sociales latinoamericanos.

La primera reflexión, de carácter más teórico-metodológico, está relacionada con cómo interpretar los movimientos sociales latinoamericanos a partir de una perspectiva espacializada y regional. Se sugiere que en las dos últimas décadas ha habido un fuerte despliegue geopolítico de los movimientos sociales en América Latina, debido a la convergencia de múltiples espacialidades que ha permitido vislumbrar cómo las resistencias en los lugares y los territorios se conectan a redes e iniciativas más amplias, multiescalares, que van de lo local a lo global (y viceversa), con un énfasis importante en lo regional, que ha contribuido a la consolidación de una nueva representación espacial regional. Lugares, territorios, escalas, redes y difusión aparecen aquí como nociones claves a ser exploradas.

En un registro complementario, aunque diferenciado, nos gustaría sugerir que las luchas sociales en América Latina han pasado por diferentes ciclos de contestación en las últimas dos décadas. Esta dimensión temporal permite la (re)construcción de una historia espacializada de los movimientos sociales latinoamericanos. Aunque existe una tendencia en la literatura académica a dividir los ciclos de protesta en América Latina a partir de diferentes décadas (los años ochenta representarían así las protestas en la “década perdida”, los noventa frente a la “década neoliberal” y la primera década del siglo XXI un nuevo escenario más proactivo de convergencia con gobiernos progresistas de la “década progresista”), se propone una mirada más detenida a subciclos de movilización, en los que se puede identificar inflexiones y cambios en los patrones de acción colectiva, la identificación de nuevos marcos interpretativos, la generación de nuevos eventos y espacios regionales de convergencia, y el foco en determinados conflictos, demandas y ejes temáticos de actuación.

Finalmente, en un tercer y último momento, nos centraremos de forma específica en el ciclo actual de protestas en América Latina, tratando de identificar sus principales características, enfatizando aquí también su dimensión espacial y regional. Ejemplos del año 2011 nos servirán para contrastar episodios específicos con escenarios más amplios, bien como para examinar si estamos ante una nueva inflexión en la geopolítica de la contestación en la región. Se sugiere, de este modo, que estos “eventos” de protesta recientes solo pueden entenderse si son considerados como “procesos” entendidos en su dimensión espacial a lo largo del tiempo.

1. Espacialidades y dimensiones geopolíticas de la resistencia: algunos presupuestos teóricos

Hay en la actualidad un creciente interés en la discusión de la espacialidad de las resistencias y de la contestación política y social. Sin embargo, como bien han señalado Leitner, Sheppard y Sziarto (2008), la mayoría de los análisis acaban privilegiando una espacialidad específica. Entre los geógrafos el énfasis principal ha sido puesto en las escalas, mientras que entre los sociólogos y politólogos con sensibilidad espacial las redes y los territorios han sido, en términos generales, las categorías privilegiadas. Esta elección obedece en la mayoría de los casos a un criterio analítico y ontológico, dada la dificultad de cruzar las diferentes espacialidades implicadas, pero reduce el potencial interpretativo al ofrecer una visión parcial de cómo el espacio importa en el estudio de la acción colectiva y los movimientos sociales. De este modo, el desafío central reside en prestar atención a la pertinencia de espacialidades particulares en contextos específicos, pero también a su coimplicación, que no significa simplemente una copresencia de espacialidades, sino también cómo cada una de ellas afecta a las demás e incide en la trayectoria y conformación de la contestación política y social. Por ello, en las líneas siguientes discutiremos brevemente la importancia de articular nociones clave como las de lugar, redes, territorio, escalas y difusión, para generar una interpretación teórica que permita analizar geopolíticamente las resistencias.

La noción de “lugar” parece recuperarse en las últimas dos décadas de su marginalización histórica en la teoría social y política occidental (Lois, 2010). Los lugares ofrecen no solo una oportunidad de crítica al globalismo contemporáneo, sino “también son *locus* para nuevos tipos de actividades políticas radicales que reafirman las propiedades de la vida cotidiana frente al desarrollo abstracto de la modernidad capitalista” (Dirlik, 1999, p. 49). Este entendimiento de la *política del lugar* permite romper con la imagen del espacio como un escenario estático, y lo ubica bajo la influencia de relaciones de clase, género, etnia, raza y una nueva utopía de carácter explícitamente espacio-temporal (Harvey, 1989; Massey, 1994). No se trata del lugar como contexto, sino de un espacio de la organización y las producciones sociales; es decir, entendido como espacialidad de la base social (Soja, 1989); como un campo político e ideológico, abierto e híbrido, siempre provisional, donde se expresan relaciones sociales y de poder y donde se resiste a ellas (Bringel, 2007; Oslender, 2008). De este modo, se puede decir, llevando en serio a Agnew (1987),

que el lugar es una noción central para articular los dispositivos microsociológicos a partir de los cuales se estructura la acción colectiva (la sociabilidad y la convivencia, las solidaridades al interior de un grupo o movimiento social, las deliberaciones y creaciones de marcos interpretativos, etcétera) con aquellos elementos estructurales establecidos por un orden macro que coloca posibilidades y restricciones a la acción (las dinámicas más amplias del sistema político, las configuraciones geoeconómicas y geoculturales que moldean la “estructura de oportunidades políticas”).

Si el lugar puede contribuir a complejizar, de manera más dialéctica, la tensión ontológica entre acción y estructura y las habituales dicotomías entre lo micro y lo macro, también es una perspectiva reivindicada por los propios movimientos sociales en América Latina que, en gran medida, vienen reivindicando sus luchas como resistencias por el territorio, la cultura y el lugar (Escobar, 2008). Sin embargo, este entendimiento multidimensional del lugar debe ser asociado a las nociones de redes y territorio. Ambas nociones se han convertido en instrumentos fundamentales para los estudiosos de la contestación política y social, aunque habitualmente encontramos visiones muy distintas, e incluso opuestas, sobre qué se entiende por redes y territorio. Algunos autores priorizan la red como referente organizativo y de intersubjetividad entre los diferentes actores y movimientos sociales (Diani, 1998; Scherer-Warren, 2008), mientras para otros el territorio aparece como elemento privilegiado de análisis, como base de la propia existencia de determinados movimientos sociales, como los indígenas y campesinos, que luchan por la tierra y el territorio (Fernandes, 2000). Con frecuencia, la elección de una categoría analítica referencial se acaba traduciendo en diferenciación y oposición, cuando se contrasta una base más material y de cohesión estructural para la acción colectiva (territorio) frente a una mayor fluidez y a las interacciones contingentes de las formas organizativas y dinámicas contemporáneas de los movimientos sociales (redes).

Sin embargo, lejos de constituirse en una disyuntiva excluyente —manifestada en el predominio de la fluidez sobre la estabilidad, de lo centrífugo sobre lo centrípeto, de lo topológico sobre lo topográfico, etcétera—, ambas dimensiones son complementarias y se deben analizar en continua tensión, dentro del proceso de espacialidad de la (contestación) política. De este modo, redes y territorios no son elementos excluyentes ni mucho menos separados. Cuando luchas sociales territorializadas se unen o crean una red flexible pasan a estar conectadas a lugares diferentes dentro de una gran variedad de escalas geográficas (locales,

nacionales, regionales, globales) que son partes constitutivas y enlaces de diferentes longitudes en la red. Estas escalas son construcciones sociales en continua relación (tanto en términos de la acción colectiva en sí, como en la definición de aliados y enemigos o de percepciones y enmarcamientos de la realidad social) y no “niveles” distintos y separados de acción. Como señala, de forma precisa, Paul Routledge: “algunas redes son relativamente más localizadas, mientras otras son más globales en su alcance y la relación entre las redes y los territorios es mutuamente constitutiva: las redes están incrustadas en los territorios y, al mismo tiempo, los territorios se insertan en las redes” (2003, p. 336).

Dentro de esta dinámica de continua interacción entre redes y territorios, los lugares son reconfigurados de forma continua. Esto contribuye a cuestionar algunas asociaciones poco acertadas entre redes y desterritorialización, basadas en oposiciones esencialistas (Massey, 2005) entre el *espacio* (como algo más general y fluido) y el *lugar* (como algo más particular y fijo). Por otro lado, esta imbricación de espacialidades contribuye a interpretar unas territorialidades cada vez más complejas (Porto Gonçalves, 2001), ya que aunque se suele asociar las redes a la velocidad, el territorio también es producido a través del movimiento y de procesos de desterritorialización, reterritorialización y disputas entre territorialidades. Dicha disputa se produce entre actores y proyectos que articulan una enorme diversidad de intereses, perspectivas y escalas. De ahí la importancia de analizar la política de escalas y las dinámicas de difusión como herramientas para reconstruir continuamente los múltiples lugares de enunciación de la (contestación) política, de difusión e intercambio de repertorios de protesta y marcos de propuesta, y de incidencia en las cada vez más diseminadas, y a veces oscuras y ocultas, esferas de decisiones y de poder.

En definitiva, un análisis geopolítico de las resistencias no puede aislar, *ceteris paribus*, totalmente las variables/nociones aquí discutidas, ni tampoco dar mayor protagonismo al territorio, a las redes o a las escalas, como viene siendo habitual en las teorizaciones socioespaciales recientes (Jessop, Brenner y Jones, 2008). Por el contrario, hay que estar siempre atentos a cómo el activismo social contemporáneo se manifiesta en múltiples formas y dimensiones, por lo que aunque se opte por dividir analíticamente estas nociones, siempre hay que buscar sus interrelaciones. Solo así se podrá construir un enfoque territorial abierto y relacional que permita entender la imbricación entre escalas de intervención política, la construcción de identidades colectivas permeadas por un sentido global

del lugar y los elementos, mecanismos y prácticas espaciales que posibilitan un activismo de carácter transnacional con *acciones colectivas localizadas*, aunque no necesariamente localistas. La conjunción de estos elementos permitirá diseñar de forma más precisa una interpretación teórica del mapa “antigeopolítico” (Routledge, 2003) de América Latina que viene desafiando las prácticas espaciales y representaciones hegemónicas del espacio, dibujadas por las élites políticas, algunos Estados, empresas transnacionales y una gran variedad de organizaciones e instituciones.

2. Ciclos de contestación en la América Latina contemporánea

Abogar por una interpretación socio-espacial de la acción colectiva y los movimientos sociales no implica marginar la historia y el tiempo, obsesionándose con el espacio en una especie de “venganza postmoderna”. Por el contrario, el reto consiste en buscar convergencias a través de nuevas narrativas espacio-temporales que sean capaces, por ejemplo, de reinterpretar herramientas clásicas de las teorías de los movimientos sociales como los “ciclos de protesta” (Tarrow, 1991) no solo desde una perspectiva histórica/temporal, sino también a partir de la inserción e influencia de las prácticas espaciales en diferentes momentos históricos y a partir de múltiples historias locales. De forma paralela, el análisis de diferentes actores y dinámicas de contestación a lo largo del tiempo permite desarrollar una interpretación geopolítica de los movimientos sociales latinoamericanos que lleve en cuenta elementos micro y macro, asociando lugares, redes y escalas diversas de actuación.

Los varios ciclos de contestación en América Latina remiten a diferentes momentos históricos y temporalidades. Nos interesa aquí señalar algunos elementos básicos de lo que consideramos el ciclo de contestación contemporáneo en la región, que empieza en 1989 y que podría estar llegando a su fin, o al menos a una nueva inflexión, en la actualidad, tal como discutiremos en la última parte de este texto. Este ciclo que empieza en 1989 puede, sin embargo, ser dividido analíticamente en subciclos de contestación, con diferentes elementos y configuraciones de los actores sociopolíticos y de las dinámicas de protesta en la región. En lo que sigue señalamos los rasgos principales de cuatro subciclos: el primer subciclo va de la Campaña 500 años de Resistencia Negra, Indígena y Popular, central para la articulación de los movimientos sociales en una escala regional, al Levantamiento Zapatista (1989-1994); el segundo

abarca el periodo de la articulación inicial de la lucha contra el ALCA hasta la emergencia del Foro Social Mundial (1994-2001); el tercero se inicia en la confluencia propositiva entre el FSM y la emergencia de gobiernos progresistas en la región y se termina con la Cumbre de Mar del Plata en Argentina, que derrota al ALCA (2001-2005); el cuarto subciclo, a su vez, coincide con la crisis del Foro Social Mundial y el desmantelamiento de algunas redes y plataformas regionales, al mismo tiempo que con la mayor centralidad de la acción colectiva transnacional descentralizada y en redes temáticas (2005-2010).

a. Primer ciclo (1989-1994)

Pensada de forma inicial en enero de 1989 por organizaciones campesinas e indígenas latinoamericanas, la Campaña Continental 500 años de Resistencia Indígena, Negra y Popular tenía como objetivo contrarrestar las lecturas oficiales y celebratorias del v Centenario de la conquista española y del “descubrimiento de América” que se darían previsiblemente en 1992, a partir de la denuncia y el afianzamiento de la unidad de los pueblos oprimidos por el colonialismo y sus luchas sociales. En sus tres años de duración, fue un marco, sin precedentes, en la coordinación más estable y duradera entre los movimientos sociales latinoamericanos. Funcionó mediante un proceso de descentralización en comités nacionales para valorizar las diferentes realidades y dinámicas de trabajo, aunque existió una articulación permanente de las diferentes iniciativas, cuyo momento cumbre fueron los encuentros continentales para profundizar en una visión unitaria.

El éxito de la campaña varió según los países, pero quizás lo más relevante sea que en octubre de 1992 no se disolvió en el III Encuentro Continental realizado en Managua (Nicaragua), sino se decidió constituir un “Movimiento Continental Indígena, Negro y Popular” de carácter “amplio, pluralista, multiétnico, plurinacional, pluricultural, anticolonial, antiimperialista, solidario, autogestionario, democrático, en contra de todas las formas de explotación, opresión, racismo y discriminación” (León, 1997). Aunque, en un sentido estricto, el término “movimiento” quizás no sea el más adecuado para definir lo que quedaba después de Managua, su utilización tenía el sentido de ir más allá de campañas e iniciativas puntuales y seguir avanzando en esta iniciativa inédita de sinergias y confluencias entre los movimientos sociales de la región. En este sentido, frente a la intensa articulación de ONG paralela a la Cumbre de la

Tierra, conocida también como “ECO-92” o “Río 1992”, “Managua 1992” fue un espacio y un momento fundamental para crear y profundizar los canales de comunicación y resistencia entre los movimientos sociales de toda América Latina.¹

Finalmente, también cabe destacar que la puesta en marcha de la Campaña Continental 500 años ocurrió el mismo año que la caída del Muro de Berlín, que implicó una reconfiguración de la izquierda en todo el mundo. Lo que puede parecer una mera coincidencia en la práctica no lo fue, dado que, bajo el lema “Unidad en la diversidad” y un horizonte que tensionaba con ciertas prácticas del denominado socialismo real, se produjeron convergencias históricas entre movimientos de la región a partir de una “internacionalización directa basada en mecanismos de difusión relacionales” (Bringel, 2011). Esto supone que los movimientos del campo lograron crear a partir de la Campaña Continental 500 años un espacio propio y autónomo de articulación, donde ya no eran simplemente invitados, representados o mediados por terceros, sean estos partidos, sindicatos u otros actores. A partir de ese momento, se abre un escenario de convergencias y solidaridades en el espacio regional distinto al anterior, porque el énfasis deja de estar en la captación de afiliados y en la creación de estructuras para su coordinación, para centrarse en los mecanismos y dinámicas que permitan una interacción fluida entre diferentes movimientos y organizaciones, con una articulación mucho más flexible y relacional.

b. Segundo ciclo (1994-2001)

El escenario de convocatorias y convergencias unificadas a escala continental abierto por el ciclo anterior es uno de los más importantes precedentes de lo que vendría a partir de este ciclo, con la lucha contra el ALCA en la región y otras movilizaciones vinculadas globalmente al movimiento antiglobalización (Bringel y Echart, 2010). Este ciclo es especialmente relevante en la construcción de un tejido regional contestatario y tiene dos hitos de partida centrales que coexisten en el año 1994: el primero es el levantamiento zapatista que desde un lugar específico de la Selva Lacandona articula discursos, actores y acciones alrededor de toda

1. Veinte años después, y con un escenario bastante distinto tanto en la región como en el mundo, se celebraría la Cumbre de los Pueblos de Río de Janeiro, de forma paralela a la Cumbre Oficial “Río+20”. Para un análisis histórico y global de dicha Cumbre, véase Bringel (2012).

América Latina y el mundo; el segundo es la creación de la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones Campesinas (CLOC) que, como dinamizadora regional de La Vía Campesina, dota de una importante organicidad e identidad a los movimientos rurales en la región.

En este mismo año 1994 se presentó la creación del ALCA, durante la celebración de la I Cumbre de las Américas en Miami, con el objetivo de crear un área de libre comercio que abarcaría desde Alaska a la Patagonia, exceptuando a Cuba. Sin embargo, hasta la celebración de la II Cumbre de las Américas (Santiago de Chile, abril 1998), el ALCA no era más que un proyecto vago. Entonces dan comienzo las negociaciones formales para su consecución, y aunque estas se convierten en un proceso complejo que genera una actividad diplomática febril, el proceso de negociación es altamente azaroso, y finalmente no llega a consolidarse en el formato que se había proyectado.

La emergencia de un discurso y unas prácticas políticas alternativas al ALCA desde el campo de los movimientos y organizaciones sociales en este ciclo va a encontrar su máxima expresión en la formación de la Alianza Social Continental (ASC), una gran coalición social transnacional en cuyo proceso de formación es fundamental el aprendizaje que supone la activación de redes y coaliciones en el marco de la formación de redes formales e informales previas, que habían generado ya una intensa dinámica transnacional, que aglutinó diversas experiencias y luchas localizadas en escalas más amplias de acción colectiva.

c. Tercer ciclo (2001-2005)

Las negociaciones del ALCA son el detonante de una actividad social regional capaz de aglutinar en una misma coalición continental a movimientos, organizaciones y redes sociales, de muy distinto rasgo espacial y con diferentes demandas y objetivos, y de generar un ciclo de protestas regionales sostenidas durante el período 2001-2005, de dimensiones desconocidas. Aunque los actores privilegiados de este nuevo ciclo de protesta son los movimientos campesino-indígenas, asalariados del sector público, estudiantes y pobladores de las ciudades, es llamativa la particular importancia que adquieren los procesos de convergencia regional transnacional que, por su amplitud geográfica y poder de convocatoria en términos de movimientos y colectivos sociales, constituyen una experiencia sin precedentes. De esta forma, la amenaza continental del ALCA va a consolidar las experiencias de articulación hemisférica y regional donde

confluyen sindicatos, mujeres, estudiantes, ONG, partidos políticos, colectivos antimilitaristas, ecologistas, organizaciones campesinas y agrarias e indígenas (Seoane, Taddei y Algratini, 2006). Muchos de estos actores acaban encontrándose también en el Foro Social Mundial, que emerge como un importante espacio de convergencia global en 2001, aunque dinamizado principalmente por los actores sociopolíticos latinoamericanos, al menos en sus tres primeras ediciones realizadas en Porto Alegre.

Durante este ciclo la polarización social y los conflictos se extendieron considerablemente en América Latina. La crisis de diciembre de 2001 en Argentina sirvió como hito en el proceso de las luchas populares emergentes, a través de las masivas protestas del “Argentinazo” que dieron lugar a una posterior organización efímera pero potente de los trabajadores desocupados y fracciones de la pequeña burguesía, centrada en las fábricas recuperadas y en una estructura asambleísta. Del “que se vayan todos” argentino a las insurrecciones de 2002 en Venezuela ante el intento golpista de la derecha, pasando por el papel protagónico que adquieren los movimientos campesinos e indígenas, la protesta y la propuesta crecían al ritmo de las innovaciones organizativas y de la proliferación temática de los Foros Sociales, enfrentándose al incremento de la militarización social y de las fronteras (con diferentes manifestaciones que denuncian, por ejemplo, el Plan Colombia y el Plan Puebla-Panamá), además de a la criminalización de la contestación en unas sociedades con una complejidad social cada vez mayor. Asimismo, se observa una tensión creativa en la relación entre los movimientos sociales y los gobiernos progresistas emergentes en este ciclo, algunos de los cuales pasaron a asumir cierta radicalidad programática, afín a los intereses y demandas populares.

Esta correlación de fuerzas entre la izquierda política y social y la consolidación de los lazos de resistencias lleva a que la Cumbre de Mar del Plata, realizada en noviembre de 2005, se convirtiera en el escenario idóneo para el lanzamiento de una agenda mucho más ofensiva de los movimientos sociales. Las protestas en la ciudad argentina, además de enterrar el ALCA, denunciaban la nueva estrategia estadounidense de los tratados bilaterales y rechazaban cualquier “integración alternativa” que no contara con los pueblos como sujetos activos. De este modo, se puede decir que en estos dos últimos ciclos los actores sociales dirigen su atención y la centran en los procesos institucionales de regionalización, y de forma decisiva y creciente van a luchar por su sentido y orientación, desarrollando, en paralelo a las negociaciones del ALCA una articulación

regional y continental basada en el rechazo a la globalización neoliberal. El proyecto del ALCA, en particular, contribuye a reforzar el discurso de la identidad latinoamericana y, de alguna manera, a revitalizar la matriz histórico-política generada por los dos grandes mitos regionales: el latinoamericanismo y el panamericanismo, y sus hermanos siameses, el nacionalismo y el imperialismo; en las distintas formas de conexión entre estos marcos interpretativos se insertan los significados del regionalismo para una variedad de actores regionales.

d. Cuarto ciclo (2005-2010)

El entierro del ALCA no significó la muerte del libre comercio. El “nuevo fantasma” que recorrió la región fueron los tratados bilaterales, impulsados no solo por los Estados Unidos, sino también por la Unión Europea (Cairo y Cabezas, 2011). Emerge, en este momento, un novedoso tipo de redes transnacionales que, en este caso, iban más allá de América Latina, y la conectaban con redes, organizaciones y movimientos de otras regiones. Un ejemplo es el ambicioso proceso de resistencia birregional construido entre organizaciones de Europa, América Latina y el Caribe, que se iniciaría formalmente en 2004, de forma paralela a la Cumbre Oficial de Jefes de Estado de la UE y América Latina, bajo el nombre “Enlazando Alternativas” (Cairo y Bringel, 2010). El diagnóstico común era que los tratados comerciales provenientes de la UE no son menos dañinos que los de Estados Unidos, por lo que necesitan ser desmontados a partir de una convergencia de fuerzas sociales de ambos lados del Atlántico. Pero, por otro lado, al descentrar los proyectos de libre comercio al ámbito bilateral e interestatal, y no ya de América Latina como región (en lo que parecía ser una reedición más de la clásica estrategia “divide y vencerás”), emergen nuevos desafíos y escenarios.

Hasta Mar del Plata los procesos de integración y la resistencia al libre comercio en América Latina tuvieron, como ya hemos visto, al ALCA como eje central de gravitación. Las principales redes continentales de resistencia funcionaron a buen ritmo, aunque la capacidad de formación y movilización dependió no solo de la estructura de oportunidades políticas internacional, sino también de la nacional (marcada por la coyuntura política y social, las diferentes estructuras de movilización y las diferentes posturas gubernamentales sobre el ALCA) y del potencial de las subredes dinamizadoras en el ámbito nacional. En este sentido, el proceso estuvo marcado por ritmos desiguales, ya que, por ejemplo, el potente

despliegue de las redes brasileñas no fue el mismo que el trabajo más modesto de las articulaciones realizadas en países donde los movimientos tienen menor capacidad de movilización. Con la “resaca” de Mar del Plata, emergió el desafío de repensar la resistencia frente a un escenario emergente de tratados de libre comercio específicos, ¿se implicaría la red brasileña en la lucha contra el TLC entre Estados Unidos y Costa Rica, por ejemplo? ¿Con el mismo énfasis que en la campaña continental? ¿Hasta qué punto la victoria contra el ALCA representó una convergencia sólida y duradera entre movimientos sociales de la región?

A grandes rasgos se podría decir que hay un cambio de patrón de movilización en la acción colectiva durante este ciclo. En primer lugar, hay que señalar la dificultad de mantener una alta intensidad de conflictividad social por un largo periodo. En segundo lugar, se puede hablar del agotamiento de algunos espacios de convergencia, como el Foro Social Mundial, y el desmantelamiento de algunas redes regionales, como la Alianza Social Continental, centrales en el ciclo anterior. Tras la convergencia regional en torno al rechazo al ALCA, las redes constituidas han continuado activas, aunque no todas las fuerzas sociales y políticas que se movilaron en la etapa de resistencia al ALCA continuaron sus actividades en una lucha más fragmentada contra el libre comercio. En tercer lugar, se puede hablar de un repliegue subregional, seguido de una mayor descentralización de la acción colectiva y de la constitución de redes temáticas más sólidas.

Los elementos señalados no llevan a una crisis de los movimientos sociales latinoamericanos, sino a su rearticulación a partir de nuevas demandas, redes articuladoras y adaptaciones a los nuevos contextos nacionales, regionales y globales. Hay que subrayar en este ciclo un nuevo contexto donde algunos gobiernos progresistas ya no tienen relaciones tan fluidas con los movimientos sociales como en los ciclos anteriores. Además, la irrupción de la crisis financiera en el centro del sistema-mundo en 2008 tiene importantes consecuencias para América Latina y sus luchas, aunque se puede distinguir tendencias diferenciadas en la geopolítica de las resistencias del Norte y del Sur. En el primer caso, principalmente en los países del Sur de Europa y de Estados Unidos, la mayoría de las protestas con ramificaciones y difusiones supranacionales enfrentan las consecuencias más directas de la crisis económica (paro, mayor precarización laboral y deterioro en las condiciones de trabajo; desmantelamiento de los servicios públicos, principalmente la educación y la sanidad; etcétera). Esto lleva a que las diversas expresiones de la “indignación” se

dediquen más a la defensa de los derechos conquistados históricamente que a la conquista de nuevos derechos. Asimismo, a pesar de algunas articulaciones, campañas y acciones de carácter propiamente regionales en Europa (lo que ha incluido incluso una huelga continental), las protestas están más influenciadas por coyunturas y debates locales/nacionales. Ya en el segundo caso, y muy en particular en América Latina, asistimos a procesos contradictorios de democratización y desdemocratización en el sentido de Tilly (2007), aunque, en general, existe una tendencia más fuerte a la conquista de derechos.

La crisis global redimensiona geopolíticamente las luchas sociales del Sur Global de manera distinta a las del Norte. El foco, en este caso, no está tanto en las consecuencias directas de la crisis financiera, sino en las implicaciones de las diversas crisis globales interrelacionadas, como la ecológica, la energética o la alimentaria. Esto quiere decir que la disputa por los recursos naturales y servicios estratégicos, los bienes comunes, los modelos de desarrollo y el control del sistema financiero están en el centro de las discusiones y los conflictos en América Latina hoy. Dentro de estos campos de conflictos se ha producido un mayor protagonismo de determinados movimientos y redes temáticas como, por ejemplo, aquellos que, frente a la radicalización del agronegocio a través de la financierización de la alimentación, siguen construyendo discursos y prácticas socioespaciales que apuestan por la soberanía alimentaria.

3. ¿Hacia un nuevo ciclo? El año 2011 y horizontes de posibilidades

A pesar de la tendencia a la descentralización subregional y temática de la acción colectiva transnacional en América Latina en los últimos años, todavía existen “redes latentes” (Melucci, 1999) que se activan en el momento en que haya necesidad de ello. Esto es posible por el potente aparato comunicativo, las redes de afinidad y de solidaridad, y la proliferación de un conjunto de iniciativas que, aunque “invisibles” en su trabajo cotidiano, adquieren una considerable expresión y visibilidad en momentos de intensificación del conflicto social. Sea como fuere, el escenario que se inaugura con esta segunda década del siglo XXI es bastante más complejo y multidimensional que el de diez años atrás con el cambio de siglo. Algunos movimientos sociales con larga trayectoria de lucha en la región, como el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra de Brasil - MST, cercano a su trigésimo aniversario, sugieren que

estamos llegando al fin de un ciclo largo (Bringel, 2013a): ciclo este que se inició con las luchas contra sendas dictaduras en el subcontinente y que, tras momentos más reactivos (los años 90) y proactivos (la década pasada), llega a una inflexión de relaciones más difíciles con los gobiernos progresistas, que no han roto totalmente con el neoliberalismo, pero han incorporado de manera difusa, problemática y parcial, muchas de las reivindicaciones populares a las agendas y prácticas sociopolíticas. En muchos campos, el debate político se polariza y emergen muchos matices que en los ciclos anteriores eran dejados provisionalmente de lado en pro de avances y alianzas tácticas y estratégicas.

La emergencia de este nuevo escenario todavía no ha llevado a que la nueva década sea catalogada como las anteriores con una etiqueta abarcadora. Ello dependerá, en gran medida, de la correlación de fuerzas sociopolíticas y de su respectivo despliegue geopolítico y geoeconómico regional y global en los próximos años. No obstante, si nos ceñimos, como es el interés general de este *Anuario*, a los acontecimientos del año 2011, con una mirada retrospectiva y prospectiva, podemos distinguir dos planos de análisis de la acción colectiva y los movimientos sociales que articulan prácticas y discursos en una dimensión latinoamericana más allá de la localización específica de muchas de sus reivindicaciones y escalas de actuación. El primer plano incide principalmente en una dimensión interna, de construcción de proyectos, acciones, articulaciones y redes poco visibles para un observador externo. A su vez, el segundo plano consiste en aquellas acciones colectivas externalizadas a la sociedad y al sistema político, con demandas concretas y acciones directas (sean manifestaciones, huelgas, ocupaciones, marchas o un amplio abanico posible de repertorios) que interpelan al imaginario colectivo de la sociedad, los gobiernos y otros aliados y, principalmente, adversarios/enemigos políticos. Si en el primer caso el foco principal es la intervención en el interior de las relaciones sociales, en el segundo caso hay una apuesta más explícita de externalización del conflicto social y de disputa política más allá de las acciones entre militantes de uno o varios movimientos y que permiten construir socialmente las identidades colectivas, las demandas, las redes y las escalas de acción.

Al distinguir estos dos planos de actuación, que en la mayoría de los casos son difíciles de aislar, queremos reforzar la idea de que “en varias de sus dimensiones, los movimientos sociales son como *icebergs*, con muchas de sus acciones transcurriendo por debajo de la superficie visible” (Bringel y Echart, 2008, p. 461). Desde esta perspectiva, lo que en

no pocas ocasiones muchos autores identifican como una “crisis” de los movimientos sociales, puede representar simplemente un mayor énfasis en el trabajo interno ante determinada “estructura de oportunidades políticas”, o un cambio en sus dinámicas organizativas y de articulación. Se argumenta, en esta parte final del texto, que el año 2011 es ilustrativo de esta tendencia por varios motivos. En primer lugar, se observa que, tras varios ciclos de intenso conflicto social en América Latina, ha habido cierta “rutinización” de la protesta. En segundo lugar, dicha normalización de la protesta y el hecho de haber logrado relaciones más fluidas con varios de los gobiernos progresistas instalados en la región, llevó a complejas relaciones de polarización, dicotomización y, en otros casos, institucionalización de la acción colectiva. En tercer lugar, este escenario de geometría variable ha alterado equilibrios, consensos y relaciones no solo entre movimientos sociales y gobiernos, sino también entre los propios movimientos y otros actores de la sociedad civil. Todo ello no quiere decir que haya habido una desmovilización de los actores sociales en América Latina durante el año de 2011, sino que, en un escenario de menor intensidad de protestas, ha habido muchas reconfiguraciones internas en las prácticas sociales de los movimientos sociales de la región.

Entre las protestas y acciones más “visibles” de los movimientos sociales en la región durante el año de 2011 están las acciones de los movimientos estudiantiles, con destaque Chile. Los movimientos ciudadanos de carácter pacifista también tuvieron cierto protagonismo en 2011, con sendas marchas por la paz en países como México, Colombia y Brasil, que insistieron en el debate sobre la violencia, los derechos humanos y la seguridad ciudadana. Asimismo, el año 2011 vivió también una profundización de resistencias socioambientales, tales como comunidades contra la minería, grandes obras de infraestructura así como resistencias a los monocultivos de soja, caña y forestación. Conflictos específicos de 2011, como el polémico proyecto de construir una carretera que cruzaría el Territorio Indígena y Parque Nacional de Isiboro Sécore (TIPNIS) trascienden la especificidad boliviana y apuntan a una tendencia más amplia en la región de complejización de las relaciones entre movimientos sociales y gobiernos progresistas y, en un sentido más amplio, entre Estado y sociedad, así como de la confluencia entre tendencias y matrices político-ideológicas contradictorias, inflexiones neoliberales y la combinación de la movilización callejera con el uso de las nuevas tecnologías de información y comunicación.

Buena parte de estas luchas se deben a la agudización del capitalismo financiero en el centro del sistema-mundo, lo que conllevó el desplazamiento de muchos intereses geoeconómicos y de actores políticos y económicos hacia América Latina. De este modo, el estancamiento del centro del sistema-mundo coincide con cierto crecimiento económico neodesarrollista de América Latina y, aunque la “ola de indignación” de Europa, el Norte de África y de Norteamérica llegó a la región, en el caso de América Latina el eje del conflicto y los sujetos fueron distintos. Así como las luchas del movimiento obrero de mediados del siglo XIX y de los “nuevos movimientos sociales” europeos de los sesenta difícilmente podrían encajar con las luchas que se tejían en “Nuestra América” en estos momentos, dada la inexistencia de un sujeto obrero en el siglo XIX y las particularidades de las luchas revolucionarias, guerrillas y demandas materiales de mediados del siglo XX, los estallidos revolucionarios de occidente y del norte de África del 2011 suenan con otros ecos en América Latina. En occidente varios autores hablan de la emergencia de un nuevo sujeto social: el *precariado* o *cognitariado*. Son sujetos que tienen el conocimiento como su principal medio de producción y la inteligencia como su herramienta de trabajo. Ya en América Latina se podría hablar de una persistencia de la centralidad de lo popular en las luchas sociales, aunque esta reconfiguración del sujeto social basado en el conocimiento es también interesante para el caso latinoamericano, dado que se puede observar una creciente autorreflexividad y apuesta por la construcción de conocimiento popular.

Estos elementos son centrales para analizar la dimensión más invisible del “iceberg movimentalista” latinoamericano de 2011, ya que han proliferado iniciativas interesantes basadas en el intercambio de conocimientos y en la construcción colectiva de saberes, en la formación política, en el desarrollo de dispositivos contrainformativos y comunicativos compartidos y, en definitiva, en la construcción de proyectos alternativos de sociedad que trascienden el sectorialismo y el localismo para aglutinar diferentes lugares, actores y visiones de mundo, reconstruyendo, a su vez, la identidad latinoamericana de las redes y los movimientos sociales de la región en tiempos de enemigos menos aglutinadores como el ALCA. Un primer ejemplo pueden ser las brigadas de movimientos populares que se han desplegado por la región durante el año 2011 y que han incidido en objetivos diversos, como los derechos humanos, la soberanía alimentaria, la formación política, la agroecología, la educación popular, etc. Diversos movimientos sociales rurales (principalmente campesinos) de casi to-

dos los países latinoamericanos enviaron militantes a una brigada a Haití que, tras el olvido mediático posterior al terremoto, trataron de compartir sus experiencias y conocimientos en ámbitos diversos, desde semillas a la formación política. Nos interesa señalar especialmente que estas experiencias, muchas veces invisibles para ojos externos, son centrales para la construcción de redes de afinidad y de una identidad latinoamericana e internacionalista que trasciende luchas particulares, al conectar escalas, proyectos y resistencias (Bringel, 2013b). En esta misma línea, otros ejemplos importantes de 2011 son los intentos de profundizar en la construcción de la articulación del ALBA de los movimientos sociales y por la integración de los pueblos o las iniciativas conjuntas entre movimientos del campo y de la ciudad, feministas e indígenas, que tratan de superar las relaciones más efímeras de ciclos anteriores típicas de los espacios de convergencia puntuales para construir relaciones y proyectos comunes más duraderos.

Por otro lado, aquellos movimientos que se erigieron como actores centrales en los ciclos analizados en el texto (los zapatistas de Chiapas, el MST brasileño, los piqueteros de Argentina, los aimaras de Bolivia), bien como aquellas redes y espacios transnacionales de convergencia regional y global (tales como las redes contra el ALCA, los encuentros hemisféricos, el FSM, entre otros) han perdido protagonismo e impulsan en esta nueva década un amplio debate sobre los desafíos centrales para las luchas sociales de la región. Muchos de estos movimientos, que participaron de los ciclos anteriores de lucha, tratan de articular diversas espacialidades (escalas) y temporalidades (memorias de corto, medio y largo plazo) para las luchas futuras, evitando que experiencias y luchas pasadas caigan en el olvido.

Otros acontecimientos se podrían destacar para la coyuntura latinoamericana de 2011.² Sin embargo, nos ha parecido más relevante en este cambio de década dar menos protagonismo a los acontecimientos en sí, para tratar de captar procesos, tendencias, temporalidades y espacialidades más amplias. Las cronologías del conflicto social y el estudio de los movimientos sociales, de forma general, padecieron durante mucho tiempo un importante sesgo, al analizar los “eventos de protesta” (Tilly, 1978) muchas veces aislados en el tiempo y en el espacio. En este texto hemos abogado por un enfoque espacio-temporal de los movimientos

2. Véase a este respecto la cronología del conflicto social realizada por el Observatorio Social de América Latina (OSAL) de CLACSO y, en particular, el texto de Oliver y Savoia (2012).

sociales que permita entenderlos geopolíticamente. El recorrido teórico e histórico realizado sirve para ubicar algunos acontecimientos de la coyuntura de la nueva década en diferentes coordenadas temporales y espaciales. Aunque se han podido encontrar algunas tendencias, todavía es pronto para decir si estamos, de hecho, ante un nuevo ciclo en la región que pasa página al anterior. De todos modos, lo que sí se puede afirmar es que los movimientos populares en la región están a la vanguardia en la construcción de una identidad latinoamericana crítica y autónoma por más que se redefine continuamente a partir de los diversos ejes de conflicto social.

Bibliografía

- Agnew, John (1987), *Place and Politics. The Geographical Mediation of State and Society*, Boston, Allen y Unwin.
- Bringel, Breno (2007), “O lugar nos movimentos sociais e o lugar da geografia nas teorias dos movimentos sociais”, *Boletim Goiano de Geografia*, Instituto de Estudios Socio-ambientales, Goiânia, vol. 27, núm. 2, pp. 35-49.
- ____ (2011), “El estudio de los movimientos sociales en América Latina: reflexiones sobre el debate postcolonial y las nuevas geografías del activismo transnacional”, en Yamandú Acosta *et al.* (org.), *Pensamiento crítico y sujetos colectivos en América Latina: perspectivas interdisciplinarias*, Montevideo, Ediciones Trilce, pp. 35-55.
- ____ (2012), “Cúpulas, cúpulas paralelas e contracúpulas: a Cúpula dos Povos em perspectiva histórica e global”, *Dossiê Temático Rio+20 e a Cúpula dos Povos*, noviembre de 2012, Núcleo de Estudos de Teoria Social e América Latina (NETSAL), Instituto de Estudos Sociais e Políticos, Universidade do Estado do Rio de Janeiro (IESP-UERJ), pp.6-17.
- ____ (2013a), “The agenda for Emancipation: Interfaces between National Politics and Global Contestation”, en Jan Nederveen Pieterse y Adalberto Cardoso (ed.), *Development, Inequality and Emancipation in Brazil*, London/ New York, Routledge.
- ____ (2013b), *O MST e o internacionalismo contemporâneo*, en prensa.
- Bringel, Breno y Enara Echart (2010), “10 anos de Seattle, o movimento anti-globalização e a ação coletiva transnacional”, *Ciências Sociais UNISINOS*, São Leopoldo, vol. 48, núm. 1, pp. 28-36.
- ____ (2008), “Movimentos sociais e democracia: os dois lados das ´fronteiras´”, *Caderno CRH*, vol. 21, núm. 54, pp. 457-475.
- Cairo, Heriberto y Breno Bringel (2010), “Articulaciones del Sur global: afinidad cultural, internacionalismo solidario e Iberoamérica en la globalización contrahegemónica”, *Geopolítica(s)*, vol. .1, núm. 1, pp. 41-63.

- Cairo, Heriberto y Almudena Cabezas (2011), “UE-ALC: relaciones interregionales estancadas (*Play it again*)”, en Jaime Preciado (coord.), *Anuario de la integración latinoamericana y caribeña 2008*, Guadalajara, México, ITESO, pp. 179-188.
- Diani, Mario (1998), “Las redes de los movimientos: una perspectiva de análisis”, en Pedro Ibarra y Benjamín Tejerina (ed.), *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, Madrid, Trotta, pp. 243-270.
- Dirlik, Arif (1999), “Globalization and the Politics of Place”, En: Kris Olds, Peter Dicken, Philip Kelly, Lilly Kong y Henry Yeung (ed.), *Globalization and the Asia-Pacific: Contested Territories*, Londres, Routledge, pp. 39-56.
- Escobar, Arturo (2008), *Territories of Difference: place, movements, life, redes*, Durham, Duke University Press.
- Fernandes, Bernardo Mançano (2000b), “Movimento social como categoria geográfica”, *Terra Livre*, São Paulo, núm. 15, pp. 59-85.
- Givans, Rebecca; Roberts, Kenneth y Sarah Soule (ed.) (2010), *The Diffusion of Social Movements: Actors, Mechanisms and Political Effects*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Harvey, David (1989), *The Condition of Postmodernity. An Enquiry into the Origins of Cultural Change*, Oxford, Blackwell.
- Jessop, Bob; Brenner, Neil y Martin Jones (2008), “Theorizing Sociospatial Relations”, *Environment and Planning D: Society and Space*, vol. 26, pp. 389-401.
- Lefebvre, Henri (1991 [1974]), *The Production of Space*, Oxford, Blackwell Publishers.
- Leitner, Helga; Sheppard, Eric y Kristin Sziarto (2008), “The Spatialities of Contentious Politics”, *Transactions of the Institute of British Geographers*, Londres, núm. 33, pp. 157-172.
- León, Osvaldo (1997), “Unidos en la diversidad”, *Debate Abierto: Revista Venezolana para la Reflexión y Discusión*, año 1, núm. 2, junio.
- Lois, María (2010), “Estructuración y espacio: la perspectiva de lugar”, *Geopolítica(s). Revista de Estudios sobre Espacio y Poder*, vol. 1, núm. 2, pp.207-231.
- Massey, Doreen (1994), *Space, Place and Gender*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- ___ (2005), *For Space*, Londres, SAGE.
- Mato, Daniel (2004), “Redes transnacionales de actores globales y locales en la producción de representaciones de ideas de sociedad civil”, en Daniel Mato (coord.), *Políticas de ciudadanía y sociedad civil en tiempos de globalización*, Caracas, FACES/ Universidad Central de Venezuela, pp. 67-93.
- Melucci, Alberto (1999), *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, México, El Colegio de México / Centro de Estudios Sociológicos.

- Oliver, Lucio y Francesca Savoia (2012), “Análisis de la coyuntura latinoamericana de 2011”, *Revista OSAL (CLACSO)*, año XIII, núm. 31, pp. 143-167.
- Oslender, Ulrich (2008), *Comunidades negras y espacio en el Pacífico colombiano. Hacia un giro geográfico en el estudio de los movimientos sociales*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Porto-Gonçalves, Carlos Walter (2001), *Geo-grafías: movimientos sociales, nuevas territorialidades y sustentabilidad*, México, Siglo XXI.
- Preciado, Jaime y Pablo Uc (2010), “La construcción de una geopolítica crítica desde América Latina y el Caribe. Hacia una agenda de investigación regional”, *Geopolítica(s)*, vol. 1, núm. 1, pp. 65-94.
- Routledge, Paul (1993), *Terrains of Resistance: Nonviolent Social Movements and the Contestation of Place in India*, WestPort, Greenwood Publishing Group.
- (2001), “Our Resistance will be as Transnational as Capital: Convergence Space and Strategy in Globalizing Resistance”, *GeoJournal*, Dordrecht, núm. 52, pp. 25-33.
- (2003), “Convergence Space: Process Geographies of Grassroots Globalization Network”, *Transactions of the Institute of British Geographers*, Londres, núm. 28, pp. 333-349.
- Scherer-Warren, Ilse (2008), “Redes de movimientos sociais na América Latina: caminhos para uma política emancipatória?”, *Caderno CRH*, vol. 21, núm. 54, pp. 505-517.
- Seoane, José; Taddei, Emilio y Clara Algranati (2006), “Las nuevas configuraciones de los movimientos populares en América Latina, en Atilio Borón y Gladys Lechini (ed.), *Política y movimientos sociales en un mundo hegemónico. Lecciones desde África, Asia y América Latina*, Buenos Aires, CLACSO, pp. 227-250.
- Slater, David (2000), “Repensando as espacialidades dos movimentos sociais. Questões de fronteiras, cultura e política em tempos globais”, en Sônia Álvarez, Evelina Dagnino y Arturo Escobar (org.), *Cultura e política nos movimentos sociais latino-americanos*, Belo Horizonte, Editora UFMG, pp. 503-533.
- Soja, Edward (1989), *Postmodern Geographies. The reassertion of space in critical social theory*, Londres, Verso.
- Svampa, Maristella (2008), *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Tarrow, Sidney (1991), *Struggle, Politics and Reform: Collective Action, Social Movements and Cycles of Protest*, Western Societies Program, Occasional Paper, núm. 21, 2ª ed., Center for International Studies. Ithaca, Cornell University.
- Tilly, Charles (1978), *From Mobilization to Revolution*, Reading, Mass, Addison-Wesley.
- (2007), *Democracy*, Cambridge, Cambridge University Press.